

RELATOS DE VIAJES EN GRECIA

Prof. Fco. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN
Universidad de Alcalá

RESUMEN

En un mundo limitado geográficamente para los hombres en términos de *localidad*, el hecho de viajar constituía una extraordinaria aventura. Sin guías o mapas que orientaran al viajero, pueblos extraños y a menudo hostiles y monstruos siempre vigilantes ante la llegada de cualquier intruso que pudiera arrebatarles sus riquezas, la misión de viajar estaba limitada al héroe, que iniciaba viaje bien por imposición divina -en cumplimiento de una misión especial- o forzado por las circunstancias. El relato de estas aventuras llegó a constituir un género literario enormemente popular en Grecia, el **relato de viajes**, que descubría al ciudadano común tierras y paisajes envueltos en la leyenda. Muchas de estas narraciones, por contener elementos extraordinariamente fabulosos, ya fueron puestos en duda en la Antigüedad.

SUMMARY

In a world geographically restricted to the man in terms of *locality*, travelling was an extraordinary adventure. Without guides or maps which could orientate the traveller, strange tribes -frequently hostile ones- and monsters always watching over the arriving of an intruder who may take away by force their riches, the voyaging mission was entrusted to the hero, who began a journey either because of divine imposition -accomplishing a special purpose- or forced by the circumstances. The account of these adventures became a literary genre very popular in Greece: the **tale of travelling** which offered legendary lands and sceneries to the common citizen. Many of this narrations, due to the extraordinary elements included in them, made doubt people in the Ancient world.

Si viajar ha constituido siempre una aventura, en la Antigüedad lo fue de forma especial. A la precariedad de los medios de transporte y las incomodidades de todo tipo que ello originaba, se venía a sumar la inexistencia casi absoluta de guías y mapas que pudieran orientar de alguna forma al viajero a lo largo de su recorrido. Nadie podía conocer con exactitud el contorno preciso de las tierras y paisajes que se extendían más allá de sus propios horizontes familiares. Tampoco la imagen del mundo vigente resultaba del todo tranquilizadora en este aspecto¹. Según el credo imperante, la tierra era concebida como una superficie plana rodeada por el primordial río Océano, origen de todos los ríos, mares y lagunas, que daba cobijo al sol, en su origen oriental cuando surgía y a la caída de la tarde cuando se sumergía en el mar, tras haber recorrido todo el espacio de la bóveda celeste. Dentro de este cuadro modélico, los griegos ocupaban por definición el centro del mundo, localizado en el santuario de Delfos, y desde este punto el paisaje iba desdibujándose progresivamente hasta llegar a los extremos del orbe, morada y abrigo de paisajes y seres del todo extraordinarios².

A medida que uno se iba alejando de los horizontes familiares se abrían para el viajero parajes cada vez más peligrosos y desconocidos. No era preciso andar muy lejos para encontrarse dentro de la misma Hélade en medio de montes salvajes como el mismísimo Citerón que dividía el Atica de Beocias, o un poco más al norte en dirección de Tesalia el boscoso Pelión, morada habitual de los centauros. La imaginación griega había poblado todos estos espacios limítrofes *-eschatiai-* de seres divinos y fantásticos que otorgaban a estos ámbitos un carácter mítico inevitable, convirtiéndolos además en lugares poco propicios para su visita o frecuentación. No era tampoco infrecuente el encontrar bandidos que asolaban las rutas deshabitadas o el ser víctima de la rapiña de algunas poblaciones montañosas que tenían en estas actividades una de sus principales formas de ingresos. No olvidemos que era preciso decretar treguas sagradas en el momento de la celebración de los grandes juegos *-olímpicos, píticos-* para que los peregrinos y viajeros pudieran llegar sanos y salvos desde sus lugares de origen hasta los santuarios respectivos donde aquellos tenían lugar.

¹ Sobre la imagen del mundo en época arcaica, Ballabriga, A.: *Le soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*. París, 1986.

² Sobre los confines de la tierra, Finzi, Cl: *Ai confini del mondo*. Perugia, 1979 y sobre todo el espléndido libro de Romm, J.S: *The Edges of the Earth in Ancient Thought*. Princeton, 1992.

Viajar era por tanto una verdadera aventura al alcance de muy pocos que o bien desesperados por la precariedad de sus medios de vida buscaban en el exterior una forma de mejorar su condición, o quienes por necesidad de aventura y tentando a la fortuna pretendían encontrar una manera rápida de enriquecimiento que les proporcionara a la vez una gloria inextinguible (el épico *kleos apthiton*). Sin embargo para alcanzar esa fortuna repentina era necesario arribar hasta los mismos confines de la tierra, donde como nos recuerda Heródoto, se hallaban todos los objetos preciados para el hombre. Pero no era tarea fácil llegar hasta esos confines. En primer lugar era preciso atravesar vastas extensiones de terreno desconocido, donde habitaban pueblos extraños que practicaban a veces costumbres bárbaras que contravenían de forma flagrante los derechos más elementales del asilo y la hospitalidad. En segundo lugar no resultaba tampoco sencillo seguir de manera inequívoca el camino adecuado. Las informaciones precisas faltaban y no siempre se encontraban guías bien dispuestos a mostrar la ruta más propicia. Por fin, si uno conseguía superar todos estos obstáculos, todavía debía afrontar un desafío mucho más terrible. La mayor parte de las riquezas de estos parajes se hallaban bajo la custodia de monstruos espantosos e insomnes que vigilaban de forma ininterrumpida la llega de posibles depredadores.

Se trataba por tanto de un territorio inaccesible para los simples mortales que debían contentarse con escuchar las hazañas portentosas de héroes como Perseo, Heracles u Odiseo, que guiados por los dioses y bajo su constante amparo habían conseguido alcanzar esos remotos confines. ¿Quién sino Perseo, salvaguardado por las sandalias aladas de Hermes que le proporcionaban una velocidad insuperable y protegido por el gorro de Hades que lo hacía invisible, hubiera sido capaz de afrontar la terrible mirada petrificadora de las espantosas Gorgonas? ¿Quién que no contara con el constante apoyo de Atenea y la sagacidad sin igual de Odiseo hubiera conseguido salir indemne del encuentro con los soberbios Cíclopes o los salvajes Lestrigones? ¿Quién en fin podría haber arribado a la misteriosa isla Eritía donde guardaba sus rebaños el monstruoso Gerión y hubiera sido capaz de arrebatárselos con éxito de no contar con la fuerza casi invencible de Heracles?

Sin embargo estos héroes no hacían las cosas porque sí o llevados simplemente del deseo de aventura innato en el hombre. Durante estos arriesgados viajes a los confines del orbe imponían un cierto orden dentro del caos primordial reinante en el mundo. Destruían bestias feroces, sometían pueblos salvajes que se hallaban desprovistos de todo sentido de la justicia y castigaban con severidad a crueles bandidos que impedían la libre circulación de

los viajeros a lo largo de los caminos. Abrían también con sus hazañas nuevas vías para la acción humana, estableciendo ciudades o impulsando nuevas rutas como la célebre vía heraclea que recorría todas las costas de la península ibérica y el sur de Francia.

Sin embargo a partir de un momento dado, que podría corresponderse en la historia con los inicios del período arcaico (siglos VIII y VII a.C.), los hombres de carne y hueso comenzaron a sustituir a los viejos héroes, aunque siguieron con sigilo sus pasos. Empezamos así a tener noticias puntuales de viajeros excepcionales como el célebre Coleo de Samos que arribó hasta las costas meridionales de la península ibérica y obtuvo a su regreso una considerable fortuna de su trato con el reino indígena de Tartesos. Su viaje hasta el extremo occidente no fue programado. Según nos relata Heródoto, había salido de su isla nativa de Samos con rumbo a Egipto, pero fue desviado por una tempestad que lo condujo con ayuda de la divinidad hasta aquellos remotos parajes de Iberia. Los ecos manifiestos de la leyenda heroica se entremezclan con destellos difusos de una realidad histórica más reciente y nos anuncian el inicio de una época de exploraciones por toda la cuenca occidental del Mediterráneo que culminará con el establecimiento de numerosas ciudades griegas por casi todos los puntos de las costas del Mare nostrum³. Ese es probablemente el ambiente que se refleja en los relatos marinos de la Odisea, unos momentos de incertidumbre y expectación, en los que la fantasía y la realidad se entremezclan de forma inevitable en las experiencias de unos hombres que todavía contemplaban con el temor y recelo de unos recién iniciados la peligrosa y excitante experiencia marinera.

A la acción intrépida y arriesgada de unos pocos les siguieron los pasos otras expediciones aparentemente ya mucho más programadas. Uno de los resultados inmediatos fue la proliferación de una serie de historias de aventura asociadas con estas experiencias que contenían todavía los rasgos esenciales de las viejas experiencias heroicas que aparecían reflejadas en los poemas épicos. El público acogía con agrado este tipo de relatos. La monotonía de la vida cotidiana de una buena parte de la población griega constituía un buen caldo de cultivo en el que echasen raíces historias que describían una andadura vital

³ Sobre el viaje de Coleo puede verse nuestro artículo, "Heródoto, Coleo de Samos y la historia de la España antigua" en *Polis*, 5, 1993, 151-162, donde se encontrará citada la bibliografía fundamental anterior sobre este asunto. Sobre la colonización griega en general sigue siendo válido el libro de John Boardman, *The Greeks Overseas*, Londres, 1980 (última edición ampliada. Existe traducción española de la edición inglesa de 1973 en Alianza Universidad).

mucho más variada que acontecía además en unos horizontes geográficos desconocidos. El mundo real se ampliaba de esta forma mucho más allá de los horizontes familiares más próximos, la visión del mismo no tanto.

El relato de viajes se convirtió de esta forma en la principal vía de acceso al conocimiento del mundo con que contaban la mayoría de los hombres. La reducida capacidad de movimientos del hombre griego, limitado por lo general a los estrechos límites de su aldea o de su polis, le ponía completamente en manos de estos fabuladores. No es de extrañar por tanto que aedos y rapsodas incluyeran como parte destacada de su repertorio épico este tipo de aventuras viajeras. Constituían también en cierto modo una especie de válvula de escape a la monotonía inevitable de la narración épica, plagada de batallas singulares, de certámenes de todo tipo y de escenas estereotipadas que describían la forma de vida de la aristocracia guerrera protagonista de esta clase de literatura.

Al tiempo servían para estimular la imaginación del auditorio. El simple recitado de los nombres de los pueblos y países por donde discurrían las hazañas viajeras ejercía ya de por sí una profunda fascinación en sus oyentes. Unos nombres dotados de poder evocador que suscitaban por sí solos una sensación de misterio y exotismo en unos oyentes acostumbrados a percibir a diario una retalla familiar de nombres conocidos. Eran además tierras y paisajes envueltos del todo en la leyenda. La propia acción de nombrar que ejercía con autoridad el autor del relato le confería un prestigio especial entre el auditorio. Daba la sensación de que poseía un conocimiento privilegiado y de primera mano de las tierras y pueblos a los que se refería que no estaba sin duda al alcance de la mayoría. El viajero adquiría de esta forma una aureola especial que lo asimilaba de golpe al mundo de los héroes que habían podido recorrer con la ayuda divina estos territorios excepcionales. El público viajaba así con la imaginación hacia aquellos confines fabulosos a resguardo tranquilizador de los peligros que el viajero real debía afrontar, produciéndose de este modo una sensación de compensación psicológica. Si por un lado los oyentes debían conformarse por fuerza con escuchar el relato de la boca de otros en lugar de haber podido contemplar aquellos lugares extraordinarios con sus propios ojos, bien es verdad que por otro se sentían liberados de soportar las numerosas penalidades y peligros que entrañaba toda aventura.

No eran ciertamente numerosos los alicientes que estimulaban a emprender un viaje. La actitud que reflejan nuestros testimonios apunta más bien en la dirección opuesta. Resultan esclarecedoras a este respecto algunas de las afirmaciones de Odiseo, que era sin ninguna duda el héroe prototipo de la aventura viajera. Cuando relata sus erranzas marineras ante el rey de los feacios,

Alcínoo, deja bien sentado su apego a la tierra patria a pesar de las tentaciones que la aventura viajera puede ofrecer en un principio:

“no hay nada más dulce que la tierra de uno y de sus padres
por muy rica que sea la casa donde uno habita en tierra
extranjera y lejos de los suyos”⁴.

No son tampoco mucho más entusiastas los consejos que el otro gran poeta épico, Hesíodo, dirige a su hermano Perses en caso de que decidiera emprender la aventura de ultramar :

“Yo no la apruebo, por no ser grata a mi corazón. Hay que cogerla en su momento y difícilmente se puede esquivar la desgracia. Pero aún entonces, los hombres la practican por su falta de sentido común; pues el dinero es la vida para los desgraciados mortales. Pero es terrible morir en medio del oleaje”⁵.

El espíritu de aventura tampoco debió hallar demasiados estímulos en el ambiente de la época, a juzgar al menos por los dichos de carácter gnómico que circulaban al respecto. Esa sensación se desprende de asertos como los del escita Anacarsis, considerado entre los siete sabios de Grecia, quien, al parecer, solía responder a la pregunta sobre quiénes eran más si los vivos o los muertos,

“A los navegantes, ¿en qué grupo los cuentas?”

o cuando se le inquiría acerca de las naves que eran más seguras, solía responder

“las ancladas en el puerto”⁶.

Este mismo estado de ánimo parece desprenderse de una sentencia lapidaria que hallamos en uno de los denominados Himnos homéricos:

“Mejor estar en casa, pues es peligroso lo de puertas para fuera”⁷.

⁴ *Od.*, IX, 34-36

⁵ *Hes. Tr.*, 682-687 (Traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez en Biblioteca Clásica Gredos)

⁶ Ambos dichos se encuentran en Diógenes Laercio, 1, 104. Sobre Anacarsis, C. García Gual: *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid, 1989, 137-158.

⁷ *Hym. Hom. ad Her.* 36.

Esta situación excepcional del viaje convirtió a sus protagonistas en una figura heroica. Sólo aquellos que gozaban de la protección divina, que poseían cualidades sobresalientes como una fuerza descomunal o una habilidad sin igual, o bien aquellos a los que los dioses habían concedido un don particular que les auguraba un éxito seguro podrían superar las pruebas que todo viaje comportaba por necesidad. De esta forma, es muy posible que los primeros relatos de esta clase se encontrasen en la descripción de las expediciones de héroes como Heracles, Jasón, Perseo, o incluso de algún dios muy especial como Dionisos, hacia los confines del orbe, difundidas por el mundo griego en boca de los poetas épicos. No es extraño por tanto que sea precisamente uno de estos poetas, el único que ha llegado hasta nosotros, quien nos haya conservado el primer relato de viaje, protagonizado por el héroe Odiseo.

Es cierto que el relato de los viajes de Odiseo sólo constituye una parte del largo poema conservado bajo su nombre. Sin duda son otros componentes de la saga heroica griega los que predominan en extensión e intencionalidad a lo largo de todo el poema pero curiosamente son las andanzas del héroe a través de mares desconocidos las que ocupan la parte central de toda la obra (cantos 9-12). Parece como si se tratara de una especie de punto de inflexión narrativo, situado en la arquitectura del poema inmediatamente antes de que el relato entre ya de lleno en el tema del regreso a Itaca, la patria natal del héroe, y tenga lugar la esperada venganza contra los pretendientes, verdadero núcleo temático sobre el que pivota toda la obra⁸.

Es el propio protagonista de la historia el que narra en primera persona todas sus aventuras con una técnica descriptiva nada desdeñable en la que sabe crear incluso ciertos momentos de clímax o expectación a pesar de las torpezas y repeticiones que impone necesariamente el estilo épico. A lo largo del relato se ponen de manifiesto además las diferentes características que definen este género del relato de viajes y algunos de sus elementos más distintivos. Convendrá por ello que nos detengamos de forma breve en su consideración con el objetivo de explicitarlos y poner de relieve sus posibles implicaciones.

Odiseo, en efecto, describe las aventuras sucesivas que le han llevado a recalcar como naufrago casi exánime en las playas de la isla de Esqueria, la patria de los míticos Feacios, en una especie de *flash-back* que le permite hilvanar sus recuerdos de forma lógica y construir un relato secuenciado de los mismos. Comienza por identificarse como tal con una breve referencia a su patria, Itaca,

⁸ Sobre los viajes de Odiseo existe una literatura muy considerable. Puede verse la más importante citada en nuestro trabajo: "Relatos de viaje en la Odisea", *Estudios clásicos*, 106, 1994, 7-31.

que sirve para establecer su posición en el mundo y conceder visos de autoridad a todo lo que va a relatar a continuación. En esta misma dirección, Odiseo deja bien claro su apego natural a la tierra y la completa involuntariedad de los viajes que ha emprendido, un recurso -especie de *captatio benevolentiae*- mediante el cual busca también otorgar legitimidad a su relato, al haberse visto forzado a emprender su viaje por la fuerza de las circunstancias y nunca llevado de su propio deseo. Este carácter forzado del viaje es efectivamente uno de los elementos constantes que aparecen en todas las grandes aventuras míticas. El héroe debe afrontar el viaje como una prueba por imposición divina, en cumplimiento de una misión especial o forzado por unas circunstancias que no le dejan otra alternativa posible. Los motivos principales que propician esta clase de aventuras son por tanto razones de fuerza mayor cuyo control inmediato escapa a los propios deseos e intenciones del héroe, que apenas abriga en su interior el más mínimo afán de aventuras. Posiblemente, se trata de un recurso más para reforzar la credibilidad de la historia, pues de otro modo, si no se tratara de empresas que vienen impuestas por los dioses, resultarían de todo punto increíbles. Al mismo tiempo sirve también para destacar ese carácter excepcional y sobrehumano que tiene toda aventura viajera, muy por encima de la capacidad de unos simples mortales.

Otro de los elementos que va a resultar casi imprescindible en esta clase de relatos hace también su aparición en el relato de Odiseo: el viento o la tempestad que desvía al viajero de su ruta trasladándole a lugares mucho más alejados a los que para nada había pensado en dirigirse. Por lo general esta desviación oportuna encuentra siempre un último punto de referencia dentro de la geografía real. En el caso de Odiseo se trata del cabo Maleas, al sur del Peloponeso, lugar favorecido en la leyenda marina a causa de las tormentas, que sirve para dar entrada al protagonista dentro del ámbito puramente imaginario que va a constituir el escenario principal de todas sus aventuras sucesivas hasta el mismo momento del regreso final a su patria.

A pesar de este carácter fantástico que rodea todo el relato subsiguiente, las apelaciones a la veracidad de la historia son constantes a lo largo de toda la narración. Se mencionan así las jornadas de navegación que son necesarias para arribar a cada uno de los puntos del recorrido; se alude a las tareas habituales de los marineros y a sus maniobras específicas en cada circunstancia particular; se describen puertos y ensenadas con unos rasgos paisajísticos estandarizados que muy bien podrían corresponder a numerosos lugares de la cuenca mediterránea; y por fin las reacciones a los sucesivos acontecimientos resultan completamente humanas y naturales. El talante heroico de la historia sólo queda patente en la

astucia sin igual de Odiseo que le permite resolver las situaciones más complicadas, y ni siquiera las diferentes intervenciones divinas que se suceden a lo largo de su andadura, como la asistencia de Hermes para proteger a Odiseo de los encantamientos de Circe, consiguen que el tono principal del relato se aleje de la tónica habitual de una aventura humana cualquiera.

Es el propio auditorio de Odiseo, en la persona de su principal dignatario el rey Alcínoo, el que confirma la veracidad esencial de su historia. El monarca anima a su invitado a proseguir con su relato con las siguientes palabras:

“Odiseo, al mirarte de ningún modo sospechamos que seas impostor y mentiroso como muchos hombres dispersos por todas partes, a quienes alimenta la negra tierra, ensambladores de tales embustes que nadie podría comprobarlos. Por el contrario, hay en tí una belleza de palabras y una mente inteligente, y nos has narrado sabiamente tu historia (mythos) ,como un aedo todos los tristes dolores de los argivos y los tuyos propios“⁹.

Las diferentes aventuras de Odiseo, que obviamos recordar aquí de forma puntual, constituyen un buen ejemplo de esta clase de fabulaciones y en cierto modo se instauraron como el modelo a seguir en historias sucesivas. Sin embargo al mismo tiempo son altamente representativas también de ciertas constantes del pensamiento y la imaginación griega. Casi todos los episodios dejan desprender una leve pero importante moraleja: así, la imprudencia de un ataque indisciplinado puede acarrear nefastas consecuencias como queda de manifiesto en el episodio de los Cicones; la soberbia que deriva de la falta de todo sentido de la justicia es una de las claves de lectura en el episodio de los Cíclopes así como los riesgos que entraña un exceso de individualismo; los peligros que depara el contacto con lo ajeno es quizá una de las lecciones que cabe inferir de la estancia del héroe entre los Lotófagos; la avaricia y la desconfianza de los compañeros son las causas que provocan el desencadenamiento sin control de los vientos de Eolo o la cólera de los dioses por la muerte de las vacas de Helios; las islas de Circe y Calipso representan posiblemente la atracción singular que ejerce lo desconocido entre los navegantes y los peligros que entraña dicha actitud; por fin, las Sirenas, Escila y Caribdis son el reflejo poético y fantástico de los terrores atávicos que la inmensidad del mar despertaba entre los navegantes, camuflados quizá en medio

⁹ *Od.*, XI, 363-369.

del vago recuerdo de algunas experiencias reales con fenómenos de la naturaleza más usuales que fueron mal observados o mal interpretados por unos hombres para quienes la esfera de lo posible era mucho más amplia de que es ahora¹⁰.

Desde época temprana comenzaron a surgir sin embargo voces de escepticismo hacia esta clase de historias y en general hacia todo tipo de fabulación. El poeta Píndaro declara así en su Olímpica I (v.27-29):

“Hay sin duda muchas maravillas, mas también las palabras de los hombres rebasan a veces la verdad; embellecidas con mentiras variadas engañan por completo las leyendas”

y vuelve sobre la misma idea en su Nemea VII, v.23:

“Pues por encima de ficciones y artificio de altos vuelos hay algo solemne, mas la poesía engaña con historias seductoras”.

Las aventuras de Odiseo como todo el resto de la poesía homérica se vieron de esta manera cada vez más incluidas dentro del terreno de la ficción poética y sólo la belleza de las palabras y la forma inteligente de contar la historia podían hacer creíble una verdad que sólo se mantenía durante el momento de su recitación. Este era quizá el verdadero sentido de las palabras de Alcínoo ante el relato de Odiseo.

Pero el relato de viajes no era sólo asunto de los poetas. Con el inicio del llamado movimiento colonial empezaron a proliferar una especie de guías prácticas para la navegación, los conocidos Periplos, en los que se describían de forma gráfica los lugares más significativos, desde el punto de vista de la navegación, de toda la geografía costera. Se señalaban cabos, golfos y promontorios, se apuntaban los lugares más idóneos para atracar las naves a la caída del sol o aquellos emplazamientos que pudieran servir de cobijo en caso de tormenta¹¹. Con toda probabilidad estos Periplos proporcionaban igualmente algunas informaciones sobre los pueblos indígenas de las regiones colindantes, destacando especialmente su carácter hostil o amistoso con los recién llegados así como su mayor o menor disposición a la sumisión o al embaucamiento. Sin

¹⁰ Germain, G.: *La genèse de l'Odyssee. Le fantastique et le sacré.* Paris, 1954. Sobre la posible base real de las historias, W.J. Woodhouse: *The Composition of Homer's Odyssey.* Oxford, 1930, 41-45.

¹¹ Sobre los periplos sigue siendo fundamental el estudio de Aurelio Peretti, *Il Periplo di Scilace.* Pisa, 1979.

embargo, muy pronto debieron abandonar este carácter puramente utilitario y pragmático para convertirse en una pieza más del género, en las que resultaba difícil deslindar la parte correspondiente a la realidad y a la ficción. Apenas conocemos esta clase de relatos en su primera época pero a juzgar por las elaboraciones más tardías o por el eco que han dejado en las Historias de Herodoto, el grado de fabulación que podía encontrarse en su contenido debió ser considerable.

La impresión de incredulidad era cada vez más extendida y esto forzó a los autores con más talento o con mayores pretensiones a la búsqueda de ciertas estratagemas narrativas que convalidaran el contenido de sus relatos. En primer lugar era preciso marcar las distancias con respecto a la poesía épica adoptando ciertas actitudes diferenciales. La más célebre de todas ellas era la bien conocida *autopsía* (el testimonio de primera mano), que garantizaba la veracidad esencial del relato mediante la propia presencia del autor in situ. Era conveniente además demostrar un talante crítico hacia todos aquellos testimonios que no contaban con esta garantía preliminar. Incluso en ocasiones convenía reflejar cierto distanciamiento con algunas de las afirmaciones hechas. Esta actitud de escepticismo aparente hacia una parte de la información arrastraba necesariamente, por contraste, una postura más confiada hacia el resto de la narración. A lo largo de las páginas de Heródoto se encuentran repetidamente toda esta gama de recursos. A lo largo de sus Historias se entremezclan las experiencias propias de un consumado viajero como parece ser que fue el historiador jonio, con la mención, a veces solamente alusiva, de relatos anteriores a los que bien tuvo un acceso directo o le llegaron de oídas. Es probable que en más de un caso estas informaciones le llegasen ya bastante deformadas por el simple paso del tiempo o por otro tipo de factores como el peculiar orgullo patriótico del que los posibles narradores locales griegos hicieron siempre gala.

Algunas de ellas son claros relatos de viaje como las andanzas de un curioso personaje llamado Aristeas de Proconeso por las estepas rusas. Aristeas describía sus aventuras viajeras en un poema épico titulado las Arimaspeas. El último "punto real" que el poeta había alcanzado en su viaje fue al parecer el país de los Isedones, de los que obtuvo informaciones sobre las tierras y gentes que vivían más allá. Hacen así su aparición pueblos fantásticos con un solo ojo como los Arimaspos, seres fabulosos como los grifos guardianes del oro y gentes de tan rancia tradición mítico-religiosa como los Hiperbóreos, cuyos dominios

alcanzaban hasta el mar del norte¹². Heródoto menciona también el viaje de Escílax de Carianda, un almirante griego que estuvo al servicio del rey persa Darío I enviado a explorar el curso del río Indo, y que volvió por mar desde su desembocadura hasta el mar Rojo¹³. Seguramente Heródoto se sirvió del relato escrito por el propio Escílax en el que suministraba información sobre aquellas regiones. Sin embargo también alude a otras aventuras emprendidas esta vez por individuos no griegos de los que pudo conseguir noticias en algunos puntos de sus propios viajes.

Este podría ser el caso de la increíble aventura de los Nasamones, jóvenes libios que atravesaron el desierto hasta alcanzar una región arbolada donde fueron capturados por unos hombres de pequeña estatura. Conducidos a través de extensas marismas llegaron hasta la ciudad que habitaba aquel pueblo, de piel negra, cuyo país estaba atravesado por un río enorme en el que podían verse cocodrilos¹⁴. O el del persa Sataspes, enviado por el rey Jerjes a circunnavegar Africa, que cansado del viaje y abrumado por la sensación de soledad volvió sobre sus pasos tras haber alcanzado un punto de la costa africana donde habitaban también gentes de baja estatura que se vestían con hojas de palmera y huían ante la llegada de los expedicionarios abandonando sus casas¹⁵. Herodoto adopta ante estos relatos cierta prevención crítica que se refleja al traducir su propia versión de los hechos. En el caso de Escílax el historiador nos advierte previamente que Darío buscaba “exploradores que le merecían garantías de que le iban a decir la verdad”; respecto a la aventura de los cinco libios, Heródoto la incluye entre las muchas extravagancias que practicaban los jóvenes de las familias pudientes de aquel país; por último, explica el triste final de Sataspes, empalado por Darío, por creer que no le estaba diciendo la verdad.

Su propia experiencia viajera se ve igualmente sometida a esta misma gama de actitudes y posturas críticas. Corroboro mediante su propio testimonio lo que los propios egipcios decían sobre el delta del Nilo¹⁶ o describe desde la

¹² Hdt., IV, 13. Sobre el viaje de Aristes, J.D.P. Bolton, *Aristes of Proconnesus..* Oxford, 1962.

¹³ Hdt., IV, 44.

¹⁴ Hdt., II, 32.

¹⁵ Hdt., IV, 43.

¹⁶ Hdt., II,5,1: " Y lo que decían sobre su país me pareció acertado. En efecto para un hombre dotado de capacidad crítica es realmente evidente, aun sin haber sido informado con anterioridad, solo con verlo, que la zona de Egipto..." (Trad. de C. Schrader, Biblioteca Clásica Gredos).

autopsía algunas maravillas como el laberinto de Meris¹⁷. Muestra en cambio su escepticismo cuando se trata de regiones apartadas a las que no ha podido llegar por su propio pie. Confiesa así su incredulidad sobre la existencia de un río Océano, que atribuye a la invención de los poetas¹⁸. Sin embargo cuando existe alguna posibilidad de comprobación avala con su testimonio la veracidad de lo dicho y refleja los esfuerzos realizados por conseguirlo, tal y como sucede con el curso alto del Nilo o con el santuario de Heracles en Tiro¹⁹.

Cuando se trata de un fenómeno aparentemente increíble como las serpientes aladas de Arabia, Heródoto refrenda el esfuerzo por conseguir información de primera mano con la presentación de una prueba material indirecta que confirma veracidad de la historia. Así, aunque no pudo contemplar por sí mismo esta clase inusual de animales, sí fue capaz en cambio de encontrar sus huesos, distribuidos en diferentes tamaños²⁰. Heródoto establece de esta forma diversos niveles de veracidad, que van desde lo que él en persona ha podido comprobar pasando por los testimonios fiables de buenos informantes como los sacerdotes de un templo, hasta aquellas noticias oídas al paso que no han podido ser objeto de comprobación personal por la dificultad de la tarea o por su completa imposibilidad. Con ello pretende alejarse de las ficciones y fantasías de los poetas para penetrar de lleno en un terreno diferente más racional y fiable como es el de la historia.

A pesar de sus esfuerzos tampoco Heródoto se vió libre de las sospechas de haber construido fabulaciones. Es bien conocido que en su debe se acumula junto al título de padre de la historia, el de mentiroso mayor de todos, al aparecer asociado por Cicerón a Teopompo, cuya historia contenía al parecer *innumerabiles fabulae*²¹. Ya Tucídides había intentado marcar distancias con respecto a la obra herodotea al comparar de forma crítica su forma de hacer historia con la de su antecesor²². Esta drástica opinión de que sólo la historia política y contemporánea es competencia directa del historiador, acabó por confinar esta clase de relatos en obras de segundo plano. Los historiadores de

¹⁷ Hdt., II, 148.

¹⁸ Hdt., II, 23.

¹⁹ Hdt., II, 29,1 (Nilo); II, 44, 1-3 (Tiro).

²⁰ Hdt., II, 75,1.

²¹ Cic., *De Leg.*, I,1,5. Véase al respecto A. Momigliano, "Il posto di Erodoto nella storia della storiografia" en *La storiografia greca.* Turín, 1982, 138-155.

²² Tuc., I,21.

relieve, como Jenofonte, Jerónimo de Cardia, Duris de Samos, Filarco o Polibio, se dedicaron de lleno a la historia política de su tiempo. El relato de viaje fue el terreno predilecto de autores como Ctesias de Cnido, un médico griego al servicio de la corte persa que escribió sobre la India. Su obra fue ya catalogada durante la antigüedad como una sarta de mentiras y fabulaciones sin cuento. En la misma dirección continuaron algunos de los más destacados historiadores de Alejandro, como Onesícrito y Nearco, que relataron sus viajes por la India, describiendo maravillas fuera de toda lógica y razón. Toda esta literatura que incluía también a otros autores como Megástenes, un embajador seleúcida en la corte de un monarca indio, o un desconocido Deímaco, fueron consideradas por Estrabón como un simple cúmulo de falsedades, donde aparecían hombres provistos de orejas tan enormes que les podían servir de cama, o individuos sin boca o sin nariz, o seres dotados de un solo ojo, o con los miembros alargados o con los dedos doblados para atrás. De acuerdo con la opinión del geógrafo griego resucitaban viejas leyendas míticas como el célebre combate homérico entre las grullas y los pigmeos y hablaban de hormigas que excavaban oro, faunos de cabeza puntiaguda, y serpientes capaces de englutir vacas y ciervos con cuernos y todo²³.

Lo que nos ha quedado del relato de Nearco, a través de su conservación parcial en el último libro del *Anábasis* de Arriano, constituye un buen ejemplo de esta clase de historias. En él aparecen los elementos típicos que debían configurar estos relatos como los preparativos del viaje, el papel destacado de su capitán, Nearco, que resulta decisivo en más de una situación difícil, las alusiones a sensaciones colectivas como el temor o la expectativa de los marinos en las diferentes etapas del viaje que sirven para darnos una idea de la psicología ambiental, las referencias realistas a las tareas marítimas y a la geografía costera, las pérdidas crecientes de los miembros de la tripulación o las menciones concretas de problemas acuciantes como el hambre, el suministro de agua o el cansancio de la tripulación por la duración del trayecto. Perduran también los elementos “folclórico-etnográficos” que ya empezaban a ser parte habitual de este tipo de narraciones. Se enfrentan así a indígenas velludos con garras que no conocen el uso del hierro y visten con pieles de animales o gentes como los Ictiófagos que sólo se alimentaban de pescado e incluso construían con sus raspas y espinas sus casas, correspondiéndose el tamaño de las mismas a la jerarquía socio-económica existente entre ellos. No faltan tampoco los

²³ Estr. II, 1,9.

elementos fabulosos como las islas mágicas a las que resulta fatal aproximarse (historia de la nereida y la metamorfosis de sus amantes) o que estaban consagradas a los dioses; se topan también con monstruos que en este caso resultan ser tan sólo tímidas ballenas que huyen despavoridas gracias a la estratagema ideada por Nearco después de haber provocado el terror entre los marineros. Curiosamente se les caen los remos de las manos al igual que les sucede a los compañeros de Odiseo cuando avistan a Escila, y las ahuyentan también mediante un estruendoso griterío combinado con el entrechocar de los remos²⁴.

El género del relato de viajes se utilizó también para otro tipo de finalidades como el intento de reflejar ciertos ideales de naturaleza político-filosófica, que trataban de ofrecer una respuesta puramente intelectual, utópica, a la grave crisis política, social e incluso de identidad personal que asolaba el mundo griego en el período helenístico. De los dos relatos de esta clase que nos ha conservado Diodoro, el del sirio Jámbulo entra de lleno en el género de viajes tal y como señaló en su día Erwin Rhode en su magistral estudio del tema²⁵. En él se detectan los diferentes elementos del género desde la involuntariedad del viaje, el papel decisivo de la tormenta, algunos datos realistas sobre el propio viaje como los tiempos de navegación para su llegada a la isla, las labores de arribada y partida, o el hecho de que Jámbulo resulte a la postre el único superviviente tras el naufragio final. Los elementos fabulosos ocupan sin duda el lugar principal aunque en su mayoría se ajustan a una cierta lógica que se explica desde el carácter perfecto de la sociedad ideal en la que se trata de dar salida a los problemas corrientes de la vida ordinaria. No faltan tampoco alusiones a la veracidad bien disimuladas como el énfasis puesto en el carácter ciertamente increíble de algunas variedades de la fauna del país por su especial naturaleza.

Hay que incluir quizá también en estos momentos un texto tan curioso como el llamado *Periplo de Hannón*, en nuestra opinión un típico relato de viaje sabiamente aderezado con inteligentes estrategias narrativas para reforzar su

²⁴ Sobre el relato de Nearco puede verse nuestro estudio, "El viaje de Nearco como relato de viaje" en *Actas del IX Simposio de la Sociedad española de literatura general y comparada*, Tomo II: *La parodia y el viaje imaginario*. Zaragoza, 1994, 395-405.

²⁵ Rhode, E.: *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914, 178 y ss. Dicho relato ha sido objeto de análisis en nuestro libro *Tierras fabulosas de la antigüedad*. Alcalá de Henares, 1995, 267-273, donde se encontrará mencionada la bibliografía pertinente.

verosimilitud²⁶. El texto se ajusta bien al esquema en muchos aspectos. Como era de esperar, se proporcionan también distancias y detalles geográficos a la manera de los viejos periplos arcaicos, que sirve para introducir el relato dentro de los patrones habituales del género. La pretensión de veracidad que representan estos datos se ve aquí reforzada por la mención de las diversas fundaciones que la expedición iba realizando a lo largo de la ruta en la costa occidental africana. La importancia de los nombres como forma de reflejar un dominio del espacio queda de nuevo puesta aquí de manifiesto. Sin embargo reaparecen también otros rasgos significativos de esta clase de relatos como la descripción etnográfica de pueblos exóticos como los Trogloditas más veloces que los caballos y unos hombres vestidos con pieles de animales que les arrojaban piedras. El componente exótico se acentúa todavía más mediante la presencia de animales tan emblemáticos como los cocodrilos e hipopótamos, que constituyen ya la fauna habitual y característica de estos ríos tropicales. La vegetación, como siempre exuberante e impregnada de profundos aromas, también cumple aquí su papel, ya que confiere al paisaje los tonos de distancia apropiados. Las islas con cualidades especiales no podían faltar. En este caso son los propios adivinos de la expedición quienes aconsejan alejarse de sus costas tras haberse suscitado el temor entre la tripulación por haber visto señales de hogueras y fuegos entre la densa maleza y haber escuchado los sonos producidos por timbales. El elemento monstruoso bien podría identificarse en este caso con el denominado carro de los dioses, una enorme columna de fuego que alcanzaba hasta el cielo y cubría toda la tierra de llamas, que nos recuerda en cierto modo el espectáculo de Caribdis. Y para concluir, el célebre episodio de los gorilas, un pueblo de gentes velludas al que atacaron y del que sólo pudieron capturar algunas hembras, cuyas pieles trasportaron consigo para ser expuestas en Cartago. De nuevo la prueba material indirecta que mediante esta táctica de distanciamiento inicial aparente confirmado después con una prueba irrecusable, parece otorgar un crédito mayor a la veracidad de la historia. Tenemos además el motivo del viaje forzado, que se refuerza aquí mediante la inclusión de las cláusulas iniciales de la inscripción que disponían la marcha de la expedición. La propia ocurrencia del texto, una inscripción púnica transcrita posteriormente al griego, podría revelar también el ingenio de su autor para dotar de credibilidad a su relato mediante una objetivación que le exculpaba casi del todo de cualquier

²⁶ Sobre el tema puede verse nuestra introducción, traducción y notas en L. A. García Moreno y F. J. Gómez Espelosin, *Relatos de viaje en la literatura griega antigua*. Madrid, 1996, 99-121.

sospecha o prevención inicial, creando así otro motivo más a añadir al esquema de posibilidades.

De hecho se recurre a un procedimiento similar en una de las obras más curiosas del género, ya a medio camino entre el relato de viajes y la novela, como son *Las Maravillas más allá de Tule* de Antonio Diógenes. Se trata de una obra del siglo I d.C. en la que se narran las aventuras viajeras del protagonista, un anciano que por afán de conocer viajó por el norte hasta el mar Negro y el Caspio hasta alcanzar la ya mítica Tule. Allí encuentra a dos hermanos que le relatan a su vez sus propias andanzas hasta el lugar, de forma que la historia se complica desde el punto de vista narrativo al ir introduciéndose progresivamente un relato dentro de otro, a la manera de las muñecas rusas de madera, hasta alcanzar siete grados de implicación narrativa. Sin embargo es el modo de transmisión de la historia lo que aparentemente sirve para conferir a la misma un cierto aire de respetabilidad realista. Desde el relato grabado en tablillas de ciprés hasta el descubrimiento de las mismas por parte de los soldados de Alejandro durante el asedio de Tiro, un procedimiento sofisticado de legitimación que a buen seguro deja casi en mantillas el recurso utilizado en el *Periplo de Hannón*. A pesar de lo descabellado que parece el conjunto de la historia, no faltan ciertas alusiones a su credibilidad a lo largo del relato, como la decisión del autor en un punto determinado de no proseguir con su narración dado el carácter excesivamente maravilloso de sus aventuras, que las haría increíbles a los oídos de su auditorio. A lo largo del mismo aparecen también pueblos fantásticos como las gentes que sólo viven durante la noche o aquellos en los que se produce la inversión de funciones entre hombres y mujeres. No faltan tampoco elementos de tradición mítico-religiosa como la visita al Hades o el encuentro con magos que les predicen su destino futuro. Los elementos de ficción alcanzan aquí cotas insospechadas y aparece el motivo del viaje a la luna, que será luego utilizado con otras finalidades. La obra está emparentada también con el género de la novela a través de motivos más románticos como los frustrados amores de Dercilis en Tule, sin embargo parece en cierto sentido representar la culminación del relato de viajes, a modo de esperpento final, quizá críticamente intencionado, llevando hasta sus últimas consecuencias las posibilidades de la inventiva en este terreno y explotando al máximo las distintas posibilidades que el género tenía desde sus orígenes.

Este es el sentido que sin duda tiene la obra de Luciano *Historias Verdaderas*, tal y como refleja al inicio del relato en una clara intención de parodiar las extravagancias de un género de larga tradición en la literatura

helénica, que había alcanzado en el terreno de lo absurdo cotas difíciles de superar.

El relato de viajes fue un género literario que gozó sin lugar a dudas de gran aceptación entre los griegos. No en vano constituyó una parte importante de las principales manifestaciones literarias como la épica, la historia o la novela. Sirvió además de cauce de expresión para otras manifestaciones como la utopía o la paradoxografía, y en buena medida estuvo en la base de los relatos etnográficos y de todas las especulaciones geográficas. La enorme popularidad de sus autores se comprueba a través de las menciones frecuentes de que son objeto en obras enciclopédicas como la de Plinio el Viejo o de temas variados como las de Eliano, Ateneo o Aulo Gelio. También es significativa la severa crítica a la que les somete Estrabón a lo largo de su Geografía en un claro empeño de desacreditar esta clase de literatura, que a juzgar por esfuerzos como el de Luciano de dedicarle al tema toda una obra, debía ser enormemente popular. Sabemos además por el testimonio de Aulo Gelio que los libros del género abundaban en los mercados de Roma y a un precio asequible, claro indicio de su difusión entre el público²⁷. Se trataba además de un género específicamente griego, según apunta también el mismo Aulo Gelio, al que apenas habían contribuido los romanos, pues griega era a fin de cuentas la capacidad infinita de fabulación, el arte de mentir, al que aluden autores latinos como Plinio que califica las fabulaciones griegas como *portentosa Graeciae mendacia*, o Juvenal cuando alude también a la *Graecia mendax* para ironizar sobre el relato de los viajes de Ulises²⁸.

Los relatos de viaje de la literatura griega nos ponen en contacto con los problemas principales que ocuparon la reflexión de los griegos, tales como sus relaciones con los dioses, su concepción ordenada del mundo o el propio status del hombre dentro del universo, o reflejan de forma clara cuestiones más puntuales como su percepción de los "otros", su visión de la geografía circundante, su amor particular a la naturaleza, o los sueños y terrores que albergaba su imaginación²⁹. Nos revelan en definitiva la fantasía exuberante de la imaginación helena en todas sus facetas, reflejan con claridad las inquietudes y

²⁷ Aulo Gelio, *N.A.*, IX, 4, 5

²⁸ Plin., *N.H.*, V, 4; Juv., X, 175.

²⁹ Véase la introducción de Chr. Jacob a su traducción de la obra de Dionisio el Periegeta, *La description de la terre habitée de Denys d'Alexandrie ou la leçon de géographie*, París, 1990, 11-76

desasosiegos con los que la mente helena se enfrentaba al mundo, los temores y la excitación que despertaba lo desconocido y los sueños y ansiedades que eran capaces de imaginar como posibles soluciones a las penurias y miserias de la vida humana.